



Historias de Animales

Mario Escobar Velásquez



HISTORIAS DE ANIMALES

Mario Escobar Velásquez



Escobar Velásquez, Mario, 1928-2007

Historia de animales / Mario Escobar Velásquez -- 3a ed. -- Medellín: Fondo Editorial ITM ; Fundación Mario Escobar Velásquez 2015.

299 p. -- (Textos urbanos)

ISBN 978-958-8743-75-2

1. Novela colombiana 2. Cuentos colombianos I. Título II. Serie

863 SCDD Ed.21

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

Historias de Animales

© Fundación Mario Escobar Velásquez

© Fondo Editorial ITM

Primera edición: Thule Editores, 1989

Segunda edición: Thule Editores, 1994

Tercera edición: Fondo Editorial ITM, 2015

Hechos todos los depósitos legales

Publicación electrónica para consulta gratuita

Coeditores

FUNDACIÓN MARIO ESCOBAR VELÁSQUEZ

INSTITUTO TECNOLÓGICO METROPOLITANO – ITM–

Autor

MARIO ESCOBAR VELÁSQUEZ

Rectora

MARÍA VICTORIA MEJÍA OROZCO

Editora

SILVIA INÉS JIMÉNEZ GÓMEZ

Corrección de textos

LILA M. CORTÉS FONNEGRA

Digitación de textos

JULIA ESCOBAR VILLEGAS

Diseño y Diagramación

ALFONSO TOBÓN

Impresión

EDICIONES DIARIO ACTUAL

Editado en Medellín, Colombia

Instituto Tecnológico Metropolitano

Calle 73 No. 76A 354

Tel.: (574) 440 5197 • Fax: 440 5382

www.itm.edu.co

Las opiniones, originales y citaciones del texto son responsabilidad de la Fundación Mario Escobar Velásquez. El ITM salva cualquier obligación derivada del libro que se publica.

CONTENIDO

MARIMONDA	7
Monas para inválidos	9
HISTORIAS DEL BOSQUE HONDO	121
Primera historia: Gardel, el perro.	139
Segunda historia: El tigre.....	163
Tercera historia: Gato	191
EN LAS LINDES DEL MONTE	221
Capítulo primero.....	223
Capítulo segundo	229
Capítulo tercero	247
Capítulo cuarto	261
Capítulo quinto	267
Capítulo sexto	281

Marimonda



Para Manuel Mejía Vallejo y Alejandro Siegert Escobar



Monas para inválidos

Jerusalén (EFE). El Ministerio de Defensa de Israel está reclutando monas sudamericanas para que colaboren en una labor humanitaria.

Dos de ellas, del tipo capuchino, han sido importadas por el departamento para la rehabilitación de lisiados del ministerio y llegaron a Israel para someterse a un cursillo que las capacitará para asistir a inválidos de guerra en tareas simples, tales como abrir puertas y dar de comer.

Carmela Burg, psicóloga de ese departamento, ha declarado que las monas requieren un mínimo de dos años de «socialización» en el hogar para cumplir sus funciones. En Estados Unidos, agrega la psicóloga, ya hay 12 monas de este tipo, trabajando.

Con el entrenamiento adecuado, las capuchinas pueden servir bebidas y emparedados, colocar una cinta en la grabadora, encender y apagar luces, radios y televisores, abrir y cerrar puertas y ventanas.

Pero para ello, dice Carmela Burg, tiene que generarse un vínculo de amor entre el sirviente y el servido, que suele conseguirse estimulando su celo laboral con dulces.

☞ Historias de Animales ☞

El inválido también puede castigar a su mona, con la que convivirá, con un «leve estímulo eléctrico», dice la psicóloga.

El Colombiano, enero 7 de 1985

Historias del bosque hondo



Para Alba Lucía, con todo mi amor



INTRODUCCIÓN

De mi padre recuerdo casi nada. Apenas el olor, como lo exacto. A trechos lo demás.

A veces voy por la calle y me llega a pedacitos. No exactamente su olor, que era único, sino parte. Uno de los componentes.

Entonces alzo la nariz y acelero el paso como si fuera posible alcanzarlo, años y años pasados entre su ausencia y este ahora.

Sé que no es posible. Habría que retroceder en el tiempo.

Y voy dejando gente atrás de mí. Viejas matronas atareadas con paquetes, o jóvenes madres con esos enfadosos paquetes con patas que son sus niños.

O muchachas que curiosean por las vitrinas cosas de encajes como salidas de la ciencia de una araña.

Hasta que alcanzo el olor.

Es siempre un fumador de pipa. Igual a todos los que fuman ese ridículo instrumento, va sin prisas. Lento. Reflexivo. El garabato humeante colgado de los dientes. Sin arrugas el ceño.

Lo miro.

No es mi padre. Eso lo sabía desde antes, desde que el olor me entró por las narices y se fue tan hondo que se fue hasta los primeros días de mi infancia.

Él, mi padre, al tabaco que se hacía traer desde Inglaterra, que en ese tiempo estaba lejos, le mezclaba hojas secas del brevo del solar.

Esas hojas perfumaban mucho, y es quizá lo que reconozco cuando por la calle va alguno con el garabato humeante colgado de los dientes. Porque hay muchos fumadores que mezclan hojas de brevo a sus yerbas de fumar.

Pero además él le echaba mieles espesas.

También los fumadores de hoy, algunos, le echan mieles de abejas a su tabaco, y lo endulzan y endulzan el olor, y un cuarto de la casa, y un tramo de calle.

Pero estas mieles de ahora son de colmenas domésticas. Sus abejas liban de mieles de jardín, o de florecillas de los pastos.

Porque una abejita no se aleja más de dos kilómetros de su edificio de cera en la búsqueda de la miel y del polen.

Y es por esto que las mieles de ahora huelen a flores de jardín y de pastura.

Es una miel amarilla, ambarina. Con los colores mismos de una peineta de auténtico carey.

Más bien rojiza que amarillenta.

Pero la miel que mi padre se usaba para sus tabacos traídos de la vieja Inglaterra tan lejana era la miel del bosque espeso.

Las recuerdo a esas mieles.

Voy hasta la infancia por lentos caminos de días, alejándome del que soy ahora, y acabo llegando hasta el niño que fui. La memoria tolera esos viajes.

Ese niño ve las mieles del bosque hondo, que son negras.

Con una negrez translúcida.

Imagínense un carbón. Ligeramente claro, pero transparente.

Unas mieles espesas.

Tenían el olor hosco del bosque, que va desapareciendo ahora, y que mi padre conoció entero. Para conocerlo, hoy, habría que andar media república.

Tenían el olor del roble florecido. Del carrito. Del olleto. Un olor que es salvaje, y libre, e impetuoso. Un olor de madera recia. De alta madera que sabe llegar a las nubes, y rozarse con ellas.

A veces lo aspiro cuando los cajones de la cómoda que él se hizo estuvieron cerrados mucho tiempo, y yo los abro súbitos.

Es como si me subiera el monte hasta el alma por esas astillas pulidas de un roble que acaba de secar vuelto tablitas.

También, y mejor, y más puro, y total, cuando aspiro de esa miel. Todavía queda un frasco de ella en alguna alacena.

Lo guardo para los hijos que tendré algún día.

Para que huelan las mieles de una floresta tropical, de esas con las cuales acabaron los golpes de las hachas para establecer pastizales y plantíos.

La miel dura más, mucho más de los años que ésta tiene. De las tumbas de los faraones se sacaron ánforas con tres o cuatro mil años de existir, y estaban intactas, victoriosas del tiempo que derriba ciudades y razas.

Porque la miel es una de las criaturas que no se corrompen.

A veces pienso que me hubiera gustado meter las narices mías, modernas, y mi lengua, en una de esas redomas del Nilo y en las mieles de otras épocas tan lejanas en los años.

Pienso que sería, cuando menos en parte, como estar en esos tiempos cuando las pirámides crecían y eran una infancia de las moles y una niñez de la eternidad que empezaba en ellas.

Y sé que cuando en compañía de mis hijos, los que tendré, destape el frasco fiel que ha tenido durante tantos años la miel que mi padre recolectó, en alguna manera él estará ahí con sus nietos.

Conmigo y con mis hijos.

Con su alta estatura de lanza, en el olor salvaje del robledal.

Recuerdo que cuando recolectó esa miel, me llevó consigo. Tendría yo seis años. Acaso un poco más. El tiempo se desdibuja. La infancia no tiene años sino recuerdos. La infancia verdadera es la ignorancia del tiempo.

Recuerdo los preocupados afanes de mi madre, que se oponía.

Recuerdo mis deseos de las noches de antes por conocer el bosque hondo, al cual me llevaría él por vez primera.

Recuerdo que me había dicho que sería como una llave del bosque espeso ese ir primero, porque seguiría acompañándolo en las veces en que no hubiera riesgos.

Pero la serie fue corta: tres veces, o cuatro. No las recuerdo bien. No las diferencio. Se me confunden unas con las otras.

Porque mi padre murió a poco en las plenitudes de la vida y de sus dichas.

Ya contaré cómo, más adelante. Ya diré que una muerte así sería para mí deseable. Porque la suya no conoció desmejoras. Ni menguas. Ni tormentos.

Hubiera querido también haber vivido como él. Ser él, en algún modo. No es posible ahora, porque el mundo se cambió. Ya lo entenderéis.

El monte empezaba casi que en el solar de la casona, y por él nos metimos, yo de su mano, una mañanita de mucho sol.

Recuerdo las hierbas mojadas que se me pegaban del pantalón y se me estaban, húmedas. Si no hubieran sido frías hubieran parecido la lengua del perro, cuando me acariciaba con su amor de lengua y de perro.

Recuerdo el canto de muchas aves. Recuerdo muchas mariposas que regaban su color, a saltos. Y recuerdo que a ras casi del suelo había una neblina que no me dejaba ver, cuando asentadas, mis botas nuevas.

Era la neblina del verano que empezaba.

Tronco arriba de un árbol, hasta el cielo que yo no veía, iba el toc toc de un pájaro carpintero. Parecía que llamara a puertecitas que no se le abrían. Sonaba casi igual que contra el portalón de la casona el aldabón de cobre. Una excentricidad de mi padre. Allá casi nadie lo tocaba porque desconocían su uso. Las gentes daban voces desde el patio, y esas voces caminaban hacia adentro.

Pero estos aldabonazos de su pico venían de lo alto y eran libres. El aldabón tenía siempre cara triste. Tal vez por prisionero de tornillos.

Recuerdo del aullar de los araguatos, unos monos del color del aldabón cuando estaba limpio, despojado de sus óxidos. Era como un trueno que llegara rodando, siguiera llegando y rodando, pasando y estando, quedado, ido.

Sonaba cerca y le pedí a mi padre que me llevara a verlos.

Se rió, con su risa rauca, explicando que tendríamos que caminar medio día para llegar a sus sitios.

Explicando que su trueno rodado ocurría también en las tardes.

Y recuerdo que pensé que ese trueno rodado de sus gargantas hinchadas iba entonces hasta muy lejos, pero que en mi casa que estaba cercana todavía no lo había oído nunca.

Se rió más, con rauca risa de tabaco fumado, y dijo que las gruesas tapias de tierra pisada se comían cualquier ruido. Que por eso se decía sorda como una tapia. Pero que tal vez debiera ser distinto, y decirse muda como...

Y que a las horas del sonido de para lejos yo estaba en mi alcoba, por los zancudos.

Decía de eso cuando me señaló hacia unas ramas altas. Al principio no vi nada. Me costó distinguir a los tíes. Antes que a ellos percibí sus voces, que eran largas y agudas como leznas. Sus voces chuzaban.

No tenían ni una cuarta de alto, y parecían viejecitos canosos, blancos los pelos todos de su cabeza y cara. Pero esta era de cera negra. Blanqueaban los dientes sobre la negrura como un poco de carne de coco en su dura corteza.

Nos miraron con la misma curiosidad con que los mirábamos. El espectáculo se dio en las dos direcciones. Les parecíamos divertidos, grandotes, y nos siguieron un rato largo.

Hasta yo sería gigantesco para ellos. Me llamarían Gulliver.

Se fueron, solamente, y asustados, aguzando más la punta de lezna de sus silbos, cuando del suelo se alzó estruendoso el vuelo de una gurría, una pava del monte, con gritos enojados que nos salpicaban.

Pareció una columna negra, creciendo, de rápido que iba.

Sus aletazos sonaban como aplausos recios. Subió hasta el techo del bosque sostenida de su aplaudir, hasta rebasar las copas de los árboles, y sus chillidos de alarma eran un poco parecidos a los de una campana pequeña agitada con rapidez.

Mi padre explicó que empollaba sus huevos, un poco mayores que los de una paloma, pero menores que los de una gallina.

Eran azules, como si los hubieran revolcado en el cielo del verano, con unas pecas cafés como de nicotina.

Mi padre explicó más. Dijo que, estando echada, el ave se cubría completamente de hojas. Para no ser vista de zorras o comadrejas. Si sus miradas eran distraídas verían las hojas amontonadas.

Pero también para que, al alzar el vuelo de hacia arriba como el de hoy, súbito, al caer las hojas taparan los huevos, defendiéndolos de su color azul, tan visible, iguales a charquitos ovalados de cielo caído.

Me dijo más: que si sabíamos estarnos quietos y en silencio entre unos arbustos la veríamos llegar. Y taparse, después.

En silencio, porque las aves oyen muy bien. Y quietos, porque ven mejor.

No había pasado ni un cuarto de hora cuando la gurría vino en vuelo de exploración, volando bajo y rápido.

No se detuvo. Pareció una larga y ancha raya café.

A poco cruzó en otro sentido.

Mi padre acercó sus bigotes manchados de nicotina hasta mis orejas, y su voz espesa, dijo, increíblemente claro y paso:

—Mira qué desconfiada es.

Y agregó:

—Quien se descuida en el monte no hace huesos viejos.

Al tercer pasón la raya carmelita llegaba tarda. Se veía bien. Desplegó la cola ancha y cambió el ángulo de sus alas, y paró en el aire con suavidad.

Simplemente se acabó la raya y de su fin cayó al suelo, sobre sus patas como untadas de cal, la desconfianza hecha pava.

Yo me había quedado sintiendo desde su hablar paso y el rozar de su bigote en mi mejilla el olor a tabaco en miel que mi padre llevaba consigo para todas partes. Un olor de su uso. El olor a mieles del monte espeso, por el cual íbamos por más.

A la pava, inmóvil, máximamente alerta le veía bien los ojos, rojos como la ira, y desconfiados como toda la desconfianza del bosque. En su centro se veía, casi azul de hondo, el huequecito del iris, y por él miraba su sabiduría de vieja gurría.

Se estuvo inmóvil como un minuto, los ojos requisando el entorno.

Y de pronto, cuando su desconfianza estuvo satisfecha, se distendió como una bola de lana parda y cloqueó como cualquiera gallina clueca.

Un cloqueo, el suyo, de complacencia. Estaba contenta de que el peligro no estuviera cercano a sus huevos. Se fue al nido y se echó.

Se sacudía, acomodándose. Parecía una señora en cuclillas que se meneara las enaguas y la falda. Metió debajo de sí la cabeza, y sacó una hoja. Se veía húmeda. Se la echó encima, con cuidado. Así, hasta que fue un montón de hojas con pescuezo y ojos que no se olvidaban del monte. Parecían prendidos como foquillos.

La dejamos, hojarascosa, mientras que nos íbamos lentos, callados, sin agitar el ramujo. Sin remover el matojo. Arrastrados.

A lo lejos dijo mi padre:

—Tú eres como yo. Sabes moverte en silencio. Aún en el bosque. Lo heredaste de mí. Salió de mis caderas hacia ti. No se aprende. O es difícil de aprenderlo. A mí me llegó igual. Lo heredé de mi taita.

Esas palabras me hincharon el pecho de una cosa cálida, y por poco no cabía ya más en la camisa.

Y siguió:

-Sabía que volvería pronto. Sus huevos apenas empollan. Si ya el pollo estuviera formado, se hubiera tardado más. Vino rápido porque temió que se enfriaran.

Iba yo a preguntarle cómo sabía él que el huevo apenas cuajaba, pero él se anticipó a mi pregunta.

Era de lo mejor suyo. No había que preguntarle nada porque nunca dejaba nada incompleto. Dijo:

—Lo supe porque rodaba fácil por mi mano abierta. Cuando el pollo se ha formado rueda mal porque el peso no es ya igual en sus partes.

Al hombro llevaba un delgado barretón, todo de hierro, a cuya punta le había dado el filo de un hacha.

Porque esa herramienta le sería más eficaz. Lo que él quería era abrir una ventana en el roble que albergaba la colmena. Era un coloso vegetal. Me había dicho:

—Estuve viéndolo en la otra vez. La colmena es enorme. Tiene más de seis metros de larga.

Estaba pacientemente encendiendo su pipa. El tabaco adicionado de sus mezclas ardía mal. Pero olía incomparablemente bien: todo se equilibra.

El siguió esa costumbre de no dejar nada incompleto:

—Tal vez un rayo abrió un boquete enorme en el tronco, no sé cuándo. Quemó maderas de adentro. Y allí hicieron su sitio de mieles las abejas.

Pero el boquete no se notaba ahora. Cuando lo examinábamos de cerca continuó:

—Los animalitos alados han taponado muy bien. Todo parece corteza. Pero es que la cera va contagiándose de ese color de la piel del roble, se

enferma de él. Es lo que las abejas quieren. Y por eso su casa casi no se ve.

Él y mi madre habían discutido. Él afirmaba que el humo que saldría de la hojarasca que recogería y encendería ahuyentaría a las criaturitas zumbadoras, de genio terrible como su aguijón. Porque además él sumaría a las llamas unas sales que sabía. No bajaría ni una, dijo. El humo sería como una cortina, que ascendería, lenta. Un velo azul de abajo hacia arriba.

Pero mi madre me fabricó una especie de sombrero de alambre con alas anchas, y de él se descolgaba un tubo de gasa.

Le hizo prometer que me lo pondría.

—Va a parecerse a un gnomo, anotó ella.

Al pie del roble mí padre acumulo hojarascas en anillo. Apartadas del tronco. No quería dañar al coloso. Me dijo:

—Debe tener como mil años. Apenas crecerá otro poco. Es joven aún. Porque apenas Dios vive más.

No quería llamas sino un lento arder que despidiera humo. Regó sobre las hojas declinadas unas sales, y puso vedijas de algodón, secas, aquí y allá. Antes de encender me mostró la entrada de la colmena, alta más que él y eso era hartito decir. Y en la boca de cera que salía como una chimenea se veía un humo de oro en dos chorros. Uno que entraba, y otro saliendo. Un humo de oros que sonaban. Las alas del cristal más fino cantaban rumores que yo oía. Eran vocecitas delgadas como alambre. Y cantaban un canto delgadito y amielado y delgadito.

Me preguntó si lo oía. Le dije cómo de bien, y él me contó tristoso:

—Ya no lo oigo tan bien. Antes sí. Para oírlas completas, apacentadas en su vuelerío trabajador, se precisa de oídos muchachos. Ya los míos endurecen. Aprende ese canto de alas porque es el del trabajo alegre.

Encendió una vela de sebo que olía mal y fue prendiendo hojas.

En el aire quieto del bosque el humo subía recto y pronto fue como si el roble se hubiera puesto una túnica gris. Pero no caía desde sus hombros anchos, sino que subía hasta ellos.

Mi padre halló la analogía. Dijo:

—Tú y él se parecen ahora.

Porque me había calado el artefacto de mi madre.

La canzoneta de oro delgadito se había acabado, y si a veces un poco de humo se escapaba de su ir alto me ardía en los ojos.

Mi padre empezó a dar con una astilla unos golpecitos en el tronco desmesurado, y oía. Al fin dio con el lugar buscado.

Explicó:

—No quiero hacerle daño al viejo joven. Ni a la colmena en sí, en donde crecen las larvas. Por eso abriré una ventana sobre el depósito de miel. En donde está se oye distinto.

Siguió:

—Porque el árbol vive. Porque siente.

Y después:

—Es un robo a las criaturas con alas. No lo necesitan al poco de miel que les sacaré. No les hará falta. Son muy industriosas y tienen siempre de sobra.

Atacó la corteza con el filo agresivo del barretón. Se le veía el cuidado. Trazaba un cuadro.

Desde el primer barretazo se oyó arriba un sonido de oro colérico. De enojadas alas de cristal. Pero el humo subía picante. Arriba se hacía nubecillas y se dispersaba, y las abejas huían, porque ese humo tenía agujijones, igual.

Mi padre tenía razón: eran incapaces contra el vestido azul y su añadido de sales no sé qué.

Sin embargo cuando fui a quitarme el sombrero de alambre con su gasa colgante, me dijo:

—Prometí a tu madre que lo usarías. Ayúdame a cumplir.

Pero para que viera bien le abrió con su navaja y a la altura de mi cara una ventana al velo.

Cuando desprendió los cuatro costados de corteza se vio adentro la riqueza de los panales. Él se hizo con la cáscara de una rama una canal, y la hundió en el panal. Y con una varita hurgaba.

Entonces resbaló la miel.

Era un chorro caminando perezas. Caminándose espeso. Rodando sus olores. Resbalando sobre sus brillos y cayendo en el balde.

Cuando paraba, mi padre hurgaba otro poco.

Arriba, sin los golpes, había acabado el zumbar colérico. Y como la hojarasca se había mordido a sí misma y vuelto humo y no había otra, el tronco aparecía en otra vez subiendo sus alturas de corteza que sube.

Me dijo:

—Si no golpeamos, no bajarán.

Cuando tuvo un cuarto del balde lleno de esos espesores dulces y oscuros, quitó la cánula y repuso en su sitio la ventana de cáscara. La aseguró con pequeñas cuñas. Y comentó.

—En la otra semana vendremos. Podrás ver que con cera taponan las aberturas que restan. Cuidan mucho de lo suyo.

Fue como él lo dijo. Al volver, vimos cómo la cera soldaba bien e iba enfermándose de la color de la corteza y de su dura capacidad de guardar.

Se había traído uno de sus grandes pañuelos de colorines, y con él tapó la boca redonda del recipiente. No quería que a la miel le cayera nada.

Nos fuimos.

Me hablaba:

—Parecías uno de los duendes albos de este bosque, vestido de esa gasa. No los he visto. Pero a veces he creído sentir sus miradas. Deben existir. Lo real es más rico que cualquiera imaginación.

Porque el bosque no tiene caminos sino apenas direcciones, salimos por otro sitio a lo descubierto del pasto. Y allí nada más dejar la penumbra, mi padre lanzó una exclamación, y puso el balde en el suelo.

Se dirigió hacia donde un lirio salvaje alzaba hacia los cielos su vara armada de hermosura.

—Ven a verlo.

Estaba acariciándolo con sus grandes manos llenas de fuerza, y en sus ojos miradores había cosas tan dulces como las del balde.

Contó hasta doce flores en la vara.

—Crecen solos, -dijo-. Los mima el viento y los mece. El viento es un viejo amador de lirios. Crecen solos porque la belleza no requiere de los ojos del hombre. Pero cuando dan con ella, los míos quieren llorar. Lo hermoso me duele.

La casa se veía a lo lejos, pequeña como una lámina de libro. La casa fumaba su pipa mañanera y el humo subía un poco y luego se perdía. Así, sencillamente desaparecía. Parecía cosas de duendes.

Me dijo:

—¿Sabes por qué quiero tanto a ese perro? ¿Casi tanto como a ti? Voy a demostrártelo.

Se refería a Gardel. Antes lo había llamado con otro nombre cualquiera, como «General» o «Coronel», no lo recuerdo muy bien. Pero cuando el perro empezó a alzar su voz en las cacerías del venado, anunciando el levante del de pies ligeros, o cuando esa voz se excitaba porque ya iba persiguiéndolo, mi padre le anotaba a quien estuviera con él:

—Canta como ese de las películas, o mejor.

Y no lo llamó más con el nombre militar sino con el nombre tanguero. El perro tuvo que aprender el nuevo nombre.

La casa estaba a más de media legua. Pero mi padre dijo:

—Voy a llamarlo. Diré adentro de mí: «GARDEL». Y él va a oírme. Casi siempre me oye. Y me responderá. Porque ese perro es así conmigo.

Cerró un poco los ojos y los volteó como mirándose sus adentros propios, y entonces yo mismo oí en los adentros míos la voz que era callada pero poderosa.

Y sentí a los segundos la respuesta del perro, lejana. Su regocijado latido de respuesta. Se oía como entre algodones.

Mi padre sacó los ojos que le miraban sus adentros, y también por sus labios delgados una sonrisa como una mañana azul. Le asomaba pícara por entre la espesura del bigote, y afirmó:

—Te lo había dicho. ¿Verdad?

Siguió:

—Voy a llamarlo. Y verás cómo un perro puede ser tan rápido como una flecha. Él está impaciente esperando el silbato.

Lo sacó de su morral. Era pequeño, de plata, y sonaba a plata martillada, delgada como alambre. Salió musical.

Dijo:

Ya viene, por el camino del silbato. Para él claro como otro camino cualquiera. Y como tu madre lo vio salir, está aderezando el almuerzo.

Se sentó.

—Demorará como un cuarto de hora.

No me pareció tanto rato, cuando dijo:

—Ya llega.

Parecía más sentirlo por sus adentros, que afuera.

Se puso en sus pies, y luego me alzó a las alturas vertiginosas de su cuello y me sentó en sus hombros, mis pies colgando hacia su pecho. Dijo:

—Deberás verlo ahora.

Vi primero en el ancho pasturaje al ganado que se apartaba un poco y se quedaba luego mirando la rauda flecha roja que venía en silencio. En el alto pasto quedaba la raya de su paso. Un camino que el robusto cuerpo del perro hería, y que luego el vientecillo piadoso cicatrizaba. Pero la cicatriz quedaba, recta casi hasta donde mis ojos podían ver.

Cayó sin un ladrido. Lenta la cola abanicando amores. Pero los ojos eran dos charcos de dulces mieles que miraban.

Sin destronarme de mi alto sitio mi padre recogió el balde y dio otra mirada al lirio de sus embelesos, y le dijo:

—Gracias, lirio, por tu belleza.

Y a mí me dijo:

—Así es mi perro.

Desde sus hombros el mundo era otra cosa. Ahora veía de para más lejos, y más cosas. Me aferraba para no caer. Nada era más alto que yo, salvo los árboles del bosque. Justamente me creía que iba sobre uno que se movía. Porque mi padre era fuerte como un árbol, y alto.

Olores me subían. Un poco ácidos los de sus sudores. Yo era grande para mi edad, y pesaba. Pero él sabía de mi cansancio. Y un poco tenues los de sus jadeos: olían a tabaco fumado hace ratos.

Y de más hondo subía el aroma de la miel que con mil puntas dulces traspasaba el pañuelo.

Así era mi padre. ¿Entienden ahora por qué no lo olvido? ¿Por qué a veces en la calle cuando aspiro un olor que se parece a su olor yo acelero el paso y el corazón como si no supiera que murió y pudiera alcanzarlo?

Casi nada recuerdo de mi padre, es verdad. Lo que recuerdo lo acaricio.

Y sé tres historias tuyas, que contaré.

En las lindes del monte



Para Mario Leandro Escobar Zuleta



CAPÍTULO PRIMERO

Siempre pude creer, puedo aún, que el ser que más me quiso no fue una mujer, así muchas me hayan querido mucho. El amor de las mujeres está lleno de condicionamientos y de exigencias. Rufa, la perra mestiza con algo de dóberman pero con más de pastor alemán, no exigía sino amarme.

Me habían prometido un cachorro, y cuando me llevaron a ver la camada entera que estaba entre una canasta, de entre el montón y de inmediato se destacó la bola oscura con patas inseguras que se vino a lamerme los zapatos.

Puedo decir que ella me escogió. Tuve en mucho el gesto, y la llevé conmigo en una bolsa de yute, pese a su sexo que, después, enreda al dueño con crías.

Le armé junto a la puerta de mi pieza una canasta acolchada, y ella era lo último que veía al recogerme, y lo primero al levantarme. Si en la noche iba al baño, interior, ella lo percibía y me hacía sentir su percepción moviendo la cola, que golpeaba el suelo, pero más a menudo la puerta, al colocarse junto. Y entonces de su garganta salía una especie de arrullo apagado. No era gruñido: era lo que dije: un arrullo que me contaba de toda la adoración que me tenía y que ella quería contarme a cada nada.

Muchos lo percibían cuando, a veces, ella echada cerca de mí, nunca me estaba lejos, me miraba con sus ojos de caldo de oro en donde nadaban chispas más oscuras, y modulaba su arrullo como modulando palabras. Me decían:

—Si no lo presenciara, yo no lo creyera: pero ese animal le está hablando.

—Sí, claro: me está contando en otra vez que me quiere mucho.

—¿Usted la entiende? -Yo la entiendo. ¿Usted no?

Lo pensaban, y concluían:

—Pues sí: es tan evidente.

Me estaba un mes, o uno y medio en la finca, una plantación de banano, y volvía a la ciudad por quince días, o así. La perra sabía desde el día de antes cuándo me vendría, y entonces en los ojos expresivos se le encharcaban el amor y la pena. Desde el día anterior se acercaba a rozarse con mis piernas, y gemía. A Rufa no le gustaba que no estuviera. No pude nunca entender cómo llegaba a saberlo: pero no se equivocó jamás.

Tampoco con mi regreso. Los trabajadores llegaron a entenderlo pronto, porque en ese día la perra manifestaba su contento con movimientos de cola, y ese curioso arrullo de garganta profunda que quería ser palabras y que casi lo lograba. Decían los trabajadores, aunque nunca se les avisó:

—Hoy viene el patrón.

Y si algún recién llegado preguntaba los porqués del saber, le decían:

—La perra lo está contando.

Y cantando - añadía alguno. La perra canta.

Era verdad.

Uno pudiera asegurar que un motor de motocicleta suena igual que otro. Alguno será más bulloso, según los cómos del escape. Pero en general esos aparatos tienen un solo cilindro y son de dos tiempos muy acelerados. Por el guardarayas de la finca circulaban varios: el del inspector de la comercializadora del banano. El del capataz de otra finca, vecina. Las de los vendedores de paletas, que acomodaban atrás, en la parrilla, una caja grande con hielo y los endulzados pedazos de frío y se iban pitando con sus pitos agudos, y los trabajadores sudorosos iban saliéndoles al paso y se compraban frescura: una poca para ese calor húmedo de las plantaciones, y así.

Pero Rufa sabía cómo sonaba exactamente el motor de mi motocicleta.

Si yo regresaba de una de las estadas de la ciudad no esperaba a sentirlo: una hora antes de mi arribo, salía. Me esperaba siempre en el mismo punto: una curva, después de un puente. Yo volaba todavía cuando ella se apostaba allí. De lejos la veía como a una negra estatua de sí misma, erguidas las orejas y batiendo con vigor la cola de largos pelos claros.

Los caminos de acceso a las plantaciones no suelen ser maravillosos. Tienen piedras muchas para que no sean lodazales, y en la moto uno rueda por una de las dos trazas profundas que dejan las llantas de los camiones que sacan el plátano. Entonces uno no va rápido.

La perra se adelantaba unos metros y empezaba a salmodiar sus arrullos y a batir la cola, sin cansancio: algo más de un kilómetro de «te quiero mucho» y de «qué bueno es que llegues». Ininterrumpidamente, sin interferir con la marcha del aparato.

Si por charlar yo aceleraba un poco, ella sin dejar sus salmodias, también, siempre a los mismos metros adelante. Y si yo, a riesgos de romperme la crisma, aceleraba cuanto era dable, más allá de la prudencia, el júbilo de la perra extendía rígida la cola para que la equilibrara, y se disparaba ahilada y parecía una raya negra: lo que más amaba yo en esa región.

Pero si apenas había salido a uno de los pueblos, ella no parecía entonces prever mi llegada sino que se atenía a su oído. De pronto, antes que ninguno alzaba la cabeza y partía rauda: nos topábamos a unos 400

metros de la casa, y se colocaba igual adelante del aparato y tenía algunos «te quiero» gañidos entre el galopar.

Nunca se equivocó. Yo le preguntaba a uno que fue mi mayordomo, un negro de muchos quilates que cargó el nombre desusado de Simón Bolívar Pérez, y no exactamente en honor del héroe de las cinco repúblicas liberadas, su madre no sabía de eso, sino a que nació en un barquito de esos de cabotaje que trafican por costas y por ríos y que se llamaba así; un negro de alma alba que me entristeció la vida por muchas horas cuando se murió, años después. A él, al Simón Bolívar negro yo le preguntaba:

—¿Simón, esta Rufa se equivoca? ¿Sale al encuentro de otras motocicletas?

Simón Bolívar sonreía y su alma grande y blanca se le derramaba en la sonrisa y en la luz de obsidiana de los ojos negros, y respondía:

—No se equivoca nunca. Tiene orejas de mecánico.

Solamente en una vez, en todos esos años, al regresar de la ciudad no vi la fina estampa de la perra en la curva de nuestros encuentros y agitando la cola como un abanico, y de inmediato una flecha de temor se me clavó en la vida. Aceleré la máquina, y en llegando vi sola la mayordomía. Entonces me fui a la cocina y sin siquiera saludar le pregunté a la negra maritornes:

—¿Y la perra? ¿Qué le pasó?

La negra destapó toda la reciedumbre blanca de sus dientes y se rio fuerte, musical, tanto que debajo de la blusa las tetas de ceniza formidable temblaron terremoteando y forzando las costuras, y dijo:

—No salió a recibirlo, ¿verdad? Es que anda de parto y no ha terminado. Y así no se puede salir. Vaya a verla: está en el cuarto de las herramientas.

Fui.

Nunca fue más diciente la mirada de oro de la perra. Ahora explicaba cosas amorosas que se reparten ineludibles, y a su lado se agitaban

montoncitos cálidos y suaves. De pronto empezó otra vez con sus arrullos: decían que esto de las crías era circunstancial, en tanto que yo era la permanencia.

A veces me acosaba la soledad, mordiendo, y cayendo el sol por sus occidentes rojos yo ponía a roncar la máquina y me iba. Cuando volvía, crecida la noche, topaba igual con la bienvenida amorosa de la perra, mucho antes de la casa. No la veía a ella, primero. De pronto, cuando les pegaba el chorro de la luz del faro, ardían sus ojos como carbunclos potentes, inmensos, movedizos. Era bello ver moverse esas chispas, animadas como de sí propias. Como siempre, la perra se ponía adelante. Y entonces se destacaban la cola y el pelo de las patas, atrás, que era blanco.

Por las plantaciones se va a pie. En todas las veces, sin que la hubiera llamado, iba adelante, la cola arqueándose, su ápice sobre el lomo: la cola se extendía, es sabido, para equilibrar la carrera, haciéndolas de astil de lanza. Pero al paso, para el buen garbo de la marcha, se enarca.

Aunque una plantación es algo muy regimentado en la cual no hay maleza, sino apenas la compacta familia de los plátanos interminables, no le faltaba a la perra qué oler. Acaso sobre un tronco caído había brotado en rojos sulfurosos, sicodélicos, un desparrame de hongos peludos que asemejaban una herida, con algo de vivo y de perverso en sus tonos de azufre ardido. O el azul metálico parchado de blancos de una mariposa que de pronto había plegado el vuelo y caído a desintegrarse en polvillos, como un charco mínimo. O acaso el rastro de sabandija de una araña, o el vivaz de una lagartija. Con los insectos, las dos únicas criaturas que moraban en la plantación, ellas las predadoras.

A veces, en los días grises, neblinosos, ir por las plantaciones me hacía el efecto de ir por entre las patas de una profusa manada de mastodontes inmóviles. Los gruesos troncos elefantíasicos abajo, y arriba, como vientres verdes, las cerrazones de las hojas en una inmensa quietud propagándose sin movimiento.

Si inspeccionaba un trabajo, o lo tasaba, o si discutía algo con algún contratista, la perra se aburría de quietudes. Se echaba sobre paciencias

reprochosas y miraba para cualquier lado y así no se le leyerá, en los caldos de oro, que disentía: a Rufa le gustaba más ir que estar.

Fue por esos entonces de la plantación de bananos que entré en un detallado conocimiento de los ratones y, por ellos, en la dueñez de una gata de carácter muy singular.

Textos
Urbanos

Historias de Animales

Se terminó de diseñar en el Fondo Editorial ITM, en noviembre de 2015.
Fuentes tipográficas: Garamond Regular para texto corrido, en 11 puntos.
para títulos en Dream Orphans , en 13 puntos.